

to see you and I beheld that the fruit thereof was white
to exceed all the white things that I had ever seen and as
I partook of the fruit thereof it put my soul with
doing great joy wherefore I began to be desirous that I might
show partake of it also for I knew that it was desirable
above all other fruit and as I cast my eyes around
me that perhaps I might discover my journey also
and I beheld a river of water and it ran along and it was
near the tree of which I was partaking the fruit and
I looked to behold from whence it came and I saw the
head thereof a little way off and at the head thereof I
beheld your Mother Sarah and your uncles and they
stood as if they knew not whether they should go and
it came to pass that I beckoned unto them and I also
did say unto them with a loud voice that they should
come unto me and partake of the fruit which was
desirable above all other fruit and it came to pass that
at they did come unto me and partake of the fruit
Also all it came to pass that I saw a river that I knew
my kinsmen should come and partake of the fruit also
therefore I cast mine eyes toward the head of the river
that perhaps I might see them and it came to pass
that I saw them but they would not come unto
me and partake of the fruit and I beheld a rod of
iron and it extended along the bank of the river
and led to the tree of which I stood and I also saw
a straight and narrow path which came along
by the rod of iron unto the tree of which I stood
and it also led by the head of the fountain unto a
large and spacious field as if it had been a world
and I saw numberless companies of people many of
whom are precious persons that they might obtain
the path which led unto the tree of which I stood
and it came to pass that they did come forth and com-
menced in the path which led to the tree and it came
to pass that there were many that did

Parte de una página del manuscrito original del Libro de Mormón.
Las palabras que se muestran son parte del relato de Lehi de su visión del
árbol de la vida, como se encuentra en 1 Nefti 8:11-23.



Los dones del Espíritu

“Si obedecen el Evangelio con un corazón sincero, les prometo en el nombre del Señor que los dones prometidos por nuestro Salvador les acompañarán”.

De la vida de José Smith

En la portada del Libro de Mormón se explica cómo este libro extraordinario de Escritura se pondría a disposición del mundo. En tiempos antiguos, las planchas de oro fueron “[escritas y selladas, y escondidas] para los fines del Señor, con objeto de que no fuese[n] destruid[as]”. En los últimos días habían “de aparecer por el don y el poder de Dios” y ser interpretadas “por el don de Dios”. En cumplimiento de esas profecías, Dios escogió a José Smith para traducir los registros sagrados. Es evidente que la aptitud de José para traducir los antiguos caracteres no provenía de su educación escolar: él sólo tenía conocimiento de gramática, de escritura y de aritmética adquirido en la escuela primaria. Su destreza para traducir registros escritos siglos antes en un idioma del cual no tenían conocimiento provino como un don de Dios mismo.

Emma Smith, que al principio fue escribiente de su marido en la obra, testificó de ese don divino: “Ningún hombre podría haber dictado los escritos del manuscrito a menos que fuese inspirado; porque cuando actué como su escribiente, [José] me dictaba hora tras hora, y cuando regresaba después de las comidas o después de interrupciones, empezaba de inmediato en la parte donde había dejado, sin siquiera mirar el manuscrito ni leerle una porción del mismo...”¹.

El Señor dio al Profeta una ayuda vital para que pudiera seguir adelante con la obra de la traducción. Joseph Knight, padre, uno de los amigos del Profeta, le proporcionó dinero y alimentos en

varias ocasiones. En un momento particularmente de gran dificultad, el hermano Knight viajó a la casa del Profeta para dar a José Smith y a Oliver Cowdery “un barril de caballa y algo de papel con renglones para escribir”, junto con “nueve o diez canastos de grano y cinco o seis de papas (patatas)”. El hermano Knight recuerda: “José y Oliver... regresaron a casa y me encontraron a mí con provisiones, y se pusieron muy contentos, porque ya no tenían”².

Durante abril y mayo de 1829, la persecución interrumpía cada vez más la obra de traducción del Profeta en su casa de Harmony, Pensilvania. Oliver Cowdery escribió a un amigo, David Whitmer, diciéndole sobre la obra sagrada y pidiéndole que les permitiera continuarla en la casa de Whitmer, que estaba en Fayette, Nueva York. A fines de mayo o a principios de junio de 1829, el Profeta y Oliver viajaron con David Whitmer en su carromato tirado por un caballo hasta la granja del padre de David, Peter Whitmer, padre. En el transcurso del mes de junio, en un cuarto del piso superior de la casa de la familia Whitmer, se dio fin a la traducción por el don y el poder de Dios.

Oliver Cowdery describió la maravillosa experiencia de servir como escribiente del Profeta: “Estos fueron días inolvidables. ¡Estar sentado oyendo el son de una voz dictada por la inspiración del cielo despertó la más profunda gratitud en este pecho! Día tras día yo continuaba escribiendo las palabras de su boca, sin interrupción, según él traducía con el Urim y Tumim... la historia o relato llamado ‘El Libro de Mormón’ ”³.

En ese tiempo, José Smith aprendió que el don divino estaba con él solamente si era digno de que el Espíritu lo guiara. David Whitmer dijo: “Una mañana, cuando [José Smith] se preparaba para continuar con la traducción, sucedió algo en su casa que le molestó, algo que había hecho Emma, su esposa. Oliver y yo subimos las escaleras y poco después subió José para continuar la traducción, pero no pudo hacer nada. No podía traducir ni una sola sílaba. Entonces bajó las escaleras, salió al huerto y allí elevó una oración al Señor; estuvo fuera como una hora, tras lo cual volvió a entrar en la casa, le pidió a Emma que lo perdonara y, después de eso, subió al cuarto donde nos encontrábamos y la

traducción continuó bien. Él no podía hacer nada a menos que fuera humilde y fiel”⁴.

Al emplear humilde y fielmente el don que Dios le había dado, el joven Profeta logró la tarea aparentemente imposible de traducir casi totalmente el Libro de Mormón entre principios de abril y fines de junio de 1829.

Las enseñanzas de José Smith

A cada uno se nos dan dones del Espíritu, y los dones de toda persona son necesarios en la Iglesia.

Los Artículos de Fe 1:7: “Creemos en el don de lenguas, profecía, revelación, visiones, sanidades, interpretación de lenguas, etc.”⁵.

“Creemos... en profecías, en lenguas, en visiones, y en revelaciones, en dones y en sanidades; y que estas cosas no se pueden disfrutar sin el don del Espíritu Santo”⁶.

Amasa Potter comentó: “Recuerdo que el Profeta se levantó para predicar a una congregación numerosa en el bosque que había al oeste del Templo de Nauvoo. Dijo que predicaría sobre dones espirituales... José afirmó que todo Santo de los Últimos Días tiene un don y que al vivir una vida recta y al preguntar por él, el Santo Espíritu le revelará cuál es”⁷.

“Pablo dice que a uno es dado el don de lenguas, a otro el don de profetizar y a otro el don de sanidades, y luego añade: ‘¿Son todos profetas? ¿hablan todos lenguas? ¿interpretan todos?’. Eso evidentemente indica que no todos poseían esos dones diversos, sino que uno recibía un don y otro recibía otro don; y no todos profetizaban, no todos hablaban en lenguas, no todos obraban milagros, pero todos recibían el don del Espíritu Santo; a veces hablaban en lenguas y profetizaban en los días de los apóstoles y a veces no...”

“La Iglesia es un cuerpo compacto compuesto de diversos miembros, y tiene una analogía muy estrecha con el cuerpo humano, y Pablo, después de referirse a los varios dones, dice: “Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular. Y a unos puso Dios en la Iglesia, primeramente

apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas. ¿Son todos apóstoles? ¿son todos profetas? ¿todos maestros? ¿hacen todos milagros? ¿Tienen todos dones de sanidad? ¿hablan todos lenguas? ¿interpretan todos?'. Es obvio que no; sin embargo, todos son miembros de un cuerpo. Todos los miembros del cuerpo natural no son el ojo, la oreja, la cabeza ni la mano; no obstante, el ojo no puede decir a la oreja: No tengo necesidad de ti; ni la cabeza al pie: No me eres necesario. Todos ellos son parte de los tantos y muchos componentes de la máquina perfecta: el cuerpo; y si un miembro padece, todos los demás se duelen con él; y si un miembro se regocija, todos los demás reciben honra con él [véase 1 Corintios 12:9–10, 18–21, 26–30].

“De manera que todos éstos son dones y vienen de Dios; son de Dios y todos son los dones del Espíritu Santo”⁸.

Recibimos los dones del Espíritu por medio de la obediencia y la fe.

“Por no haber fe, faltan también los frutos. No ha habido hombre, desde el principio del mundo, que haya tenido fe sin algo que la acompañe. Por la fe los antiguos solían apagar la violencia del fuego, se libraban del filo de la espada, las mujeres recibían a sus muertos, etc. Por la fe se hicieron los mundos. [Véase Hebreos 11:3, 34–35]. El hombre que no tiene ninguno de los dones no tiene fe; y se engaña a sí mismo si cree que la tiene. Ha faltado la fe no sólo entre los paganos, sino también entre los que profesan la cristiandad, de modo que no ha habido lenguas, sanidades, profecía, ni profetas ni apóstoles, ni ninguno de los dones y bendiciones”⁹.

“Este invierno [de 1832 a 1833] lo pasé traduciendo las Escrituras, en la Escuela de los Profetas y asistiendo a conferencias; tuve muchos momentos gloriosos de renovación. Los dones que acompañan a los que creen y obedecen el Evangelio, como signos de que el Señor es siempre el mismo en Sus tratos con los humildes seguidores y amantes de la verdad, empezaron a derramarse sobre nosotros al igual que en los días antiguos”¹⁰.

Edward Stevenson estaba presente cuando José Smith predicaba en Pontiac, Michigan, en 1834; él recuerda estas palabras del Profeta: “Si obedecen el Evangelio con un corazón sincero, les prometo en el nombre del Señor que los dones que el Salvador ha prometido les seguirán y por eso se darán cuenta de que soy un verdadero siervo de Dios”¹¹.

Los dones del Espíritu se reciben usualmente en forma silenciosa y privada, sin manifestaciones exteriores.

“Varias y conflictivas son las opiniones de los hombres concernientes al don del Espíritu Santo. Algunas personas tienen el hábito de llamar a toda manifestación sobrenatural los efectos del Espíritu de Dios, mientras que otras creen que en eso no se encierra ninguna manifestación en absoluto; y que eso no es nada sino un mero impulso de la mente o un sentimiento, una impresión, o un testimonio secreto o evidencia que los hombres poseen, y que no hay tal cosa como una manifestación exterior.

“No causa admiración que los hombres sean ignorantes, en gran manera, sobre los principios de la salvación, y más especialmente sobre la naturaleza, el oficio, el poder, la influencia, los dones y las bendiciones del don del Espíritu Santo; si tomamos en cuenta que la familia humana se ha visto envuelta en densa oscuridad y en la ignorancia por muchos siglos, sin revelación ni ninguna otra medida apropiada [que les] permita llegar al conocimiento de las cosas de Dios, que se pueden conocer sólo por el Espíritu de Dios. De manera que no pocas veces acontece que cuando los élderes de esta Iglesia predicán a los habitantes del mundo que si obedecen el Evangelio recibirán el don del Espíritu Santo, éstos esperan ver alguna manifestación maravillosa, una demostración grande de poder o la realización de algún milagro extraordinario...

“La familia humana tiene gran inclinación hacia los extremos, especialmente en asuntos de religión; y de ahí que la gente en general quiera alguna exhibición milagrosa o, de lo contrario, no crea en absoluto en el don del Espíritu Santo. Si un élder impone las manos sobre una persona, muchos piensan que esa persona debe levantarse de inmediato, y hablar en lenguas y profetizar;

esa idea proviene de la ocasión en que Pablo les impuso las manos a algunas personas que habían sido bautizadas previamente con el bautismo de Juan (según afirmaban); y después de que él hizo eso, ‘hablaban en lenguas, y profetizaban’ [véase Hechos 19:1–6]...

“Creemos que el Espíritu Santo se imparte por la imposición de manos de aquellos que tienen la autoridad, y que el don de lenguas y también el don de profecía son dones del Espíritu y se obtienen por ese medio; pero decir que los hombres siempre profetizaban y hablaban en lenguas al recibir la imposición de manos sería expresar algo que es falso, y que es contrario a la práctica de los apóstoles y se opone a las Santas Escrituras...

“...no todos los dones del Espíritu se perciben por la visión natural ni por el entendimiento del hombre; por cierto, muy pocos de ellos se perciben... Los hombres en general reconocen muy pocos de ellos. Pedro y Juan eran Apóstoles, y aun así, el tribunal judío los mandó azotar por impostores. Pablo era Apóstol y Profeta; no obstante, lo apedrearon y lo encarcelaron. El pueblo no lo sabía y, sin embargo, él tenía en su posesión el don del Espíritu Santo. Aunque nuestro Salvador fue ungido ‘con óleo de alegría más que a [Sus] compañeros’ [Hebreos 1:9], el pueblo, lejos de reconocerlo, dijo que era Beelzebú y lo crucificó por impostor. ¿Quién podría distinguir a un pastor, un maestro o un evangelista por su apariencia, aun cuando éstos tuviesen el don del Espíritu Santo?

“Pero si nos referimos a los otros miembros de la Iglesia y examinamos los dones de los que habla Pablo, hallaremos que el mundo en general nada sabe de ellos, y que en el momento se reconocerían solamente uno o dos, si fuesen derramados todos de una vez por medio de la imposición de manos. En el capítulo [1 Corintios 12:4–11], Pablo dice: ‘Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo. Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho. Porque a éste le es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo

Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu. A otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere’.

“Aquí se mencionan varios dones, sin embargo, ¿cuál de todos reconocería el observador en la imposición de manos? La palabra de sabiduría y la palabra de ciencia son dones como cualquier otro, mas si una persona tuviese ambos dones o los recibiese por la imposición de manos, ¿quién lo sabría? Otro podría recibir el don de la fe, y la gente no lo sabría. O supongamos que un hombre tuviese el don de sanar o el don de obrar milagros, entonces eso no se sabría; se precisaría el tiempo y las circunstancias para poner en ejecución esos dones. Vamos a suponer que un hombre tuviese el don de discernir espíritus, ¿quién lo sabría? O si tuviese el don de interpretar lenguas, a menos que otro hablase en una lengua desconocida, de hecho tendría que guardar silencio. Solamente hay dos dones que pueden manifestarse visiblemente: el don de lenguas y el don de profecía. Estas son las cosas de las que más se habla; y sin embargo, según el testimonio de Pablo, si una persona hablase en lengua desconocida, sería extranjero para los que estuviesen presentes [véase 1 Corintios 14:11]. Dirían que era incomprensible y, si acaso profetizara, lo llamarían insensatez. El don de lenguas es quizá el menor de todos, y sin embargo, es el que más se busca.

“De manera que, según el testimonio de las Escrituras y las manifestaciones del Espíritu en los días antiguos, la gente que se hallara alrededor casi ni se enteraría de estas cosas, sino en alguna ocasión extraordinaria, como en el día de Pentecostés. El observador nada sabría acerca de los dones más grandes, mejores y más útiles...

“Las manifestaciones del don del Espíritu Santo, el ministerio de ángeles o el despliegue del poder, de la majestad o de la gloria de Dios muy raramente se manifestarían en público, y usualmente eran para el pueblo de Dios, como los israelitas; pero en general, cuando han venido ángeles o Dios mismo se ha revelado, ha sido a una persona, en privado, en su habitación; o en un lugar



“El poder, la majestad o la gloria de Dios muy raramente se [manifiestan] en público... Cuando el Señor se apareció a Abraham, lo hizo en la puerta de la tienda de éste [véase Génesis 18:1]”.

desierto o en los campos, y casi siempre sin ruido ni estruendo. El ángel libró a Pedro de la prisión en medio de la noche; apareció a Pablo sin que el resto del grupo lo notara; apareció a María y a Elisabet sin que nadie lo supiera; habló con Juan el Bautista sin que se enterara la gente que estaba a su alrededor.

“Cuando Eliseo vio los carros de Israel y la gente de a caballo, nadie lo supo. Cuando el Señor se apareció a Abraham, lo hizo en la puerta de la tienda de éste; cuando los ángeles se presentaron a Lot, nadie lo supo sino él, y probablemente así le haya sucedido a Abraham y a su esposa; cuando el Señor se apareció a Moisés, fue en una zarza ardiente, en el tabernáculo o en la cumbre de un monte; cuando Elías fue llevado en un carro de fuego, el mundo no lo vio; y cuando estuvo en una cueva, hubo un fuerte estruendo, pero el Señor no estaba en el estruendo; hubo

un terremoto, pero el Señor no estaba en el terremoto; y luego se oyó un silbo apacible y delicado que era la voz del Señor diciendo: ‘¿Qué haces aquí, Elías?’ [véase 1 Reyes 19:11–13].

“No siempre se distingue al Señor por el estruendo de Su voz, ni por la demostración de Su gloria ni por la manifestación de Su poder, y los que mayor afán tienen de ver estas cosas son los que menos están preparados para recibirlos; y si el Señor manifestara Su poder como lo hizo a los hijos de Israel, esas personas serían las primeras en exclamar: ‘No hable Dios con nosotros, para que no muramos’ [Éxodo 20:19]”¹².

Sugerencias para el estudio y la enseñanza

Considere estas ideas al estudiar el capítulo o al prepararse para enseñarlo. Si necesita más ayuda, consulte las páginas VII–XIII.

- El Señor dio al profeta José Smith un don que le permitió traducir las planchas de oro (págs. 121–123). ¿Cuándo le ha dado el Señor dones para ayudarlo a participar en Su obra?
- ¿Qué aprendemos del relato que aparece en las páginas 122–123, contado por David Whitmer? ¿Qué experiencias de su propia vida le han enseñado que se debe ser digno a fin de utilizar sus dones espirituales?
- Revise la sección que comienza en la página 123. ¿Qué beneficio obtiene la Iglesia por tener miembros que posean diferentes dones del Espíritu? ¿En qué le han beneficiado a usted los dones espirituales de otras personas? ¿Cuándo ha visto a personas con distintos dones trabajando juntas para ayudarse mutuamente?
- Estudie la sección de las páginas 124–125. Piense en algunos dones espirituales que le fortalezcan o que le ayuden a servir al Señor y a los demás. Decida qué hará para buscar “diligentemente los mejores dones” (D. y C. 46:8).
- Revise la sección que empieza en la página 125. Piense en el consejo específico que hay allí sobre la forma en que recibimos los dones espirituales, o analícelo con la clase. ¿Por qué es importante recordar que los dones espirituales “muy rara-

mente” se manifiestan “en público”? (pág. 127). ¿Por qué piensa que muchos dones espirituales se reciben en forma tranquila y privada? ¿Por qué es importante recordar que muchos dones requieren “el tiempo y las circunstancias” para ponerse en ejecución? (págs. 127–128).

- Después de haber leído este capítulo, ¿cuáles diría usted que son algunos propósitos de los dones espirituales?

Pasajes de las Escrituras relacionados con el tema: 1 Corintios 12:1–31; 3 Nefi 29:6; Moroni 10:6–23; D. y C. 46:8–33.

Notas

1. Emma Smith, entrevista por Joseph Smith III, febrero de 1879, *Saints' Herald* (periódico publicado por La Iglesia Reorganizada de los Santos de los Últimos Días, hoy llamada La Comunidad de Cristo), 1º de octubre de 1879, pág. 290.
2. Joseph Knight, *Reminiscences*, pág. 6, Archivos de la Iglesia, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, Salt Lake City, Utah.
3. Oliver Cowdery, citado en José Smith—Historia 1:71, Nota; tomado de una carta de Oliver Cowdery a William W. Phelps, 7 de septiembre de 1834, Norton, Ohio, publicada en *Messenger and Advocate*, octubre de 1834, pág. 14.
4. David Whitmer, entrevista por William H. Kelley y George A. Blakeslee, 15 de septiembre de 1881; *Saint's Herald*, 1º de marzo de 1882, pág. 68.
5. Los Artículos de Fe 1:7.
6. *History of the Church*, 5:27; de “Gift of the Holy Ghost”, de un editorial publicado en *Times and Seasons*, 15 de junio de 1842, pág. 823; José Smith era el editor del periódico.
7. Amasa Potter, “A Reminiscence of the Prophet Joseph Smith”, *Juvenile Instructor*, 15 de febrero de 1894, pág. 132.
8. *History of the Church*, 5:28–29; de “Gift of the Holy Ghost”, de un editorial publicado en *Times and Seasons*, 15 de junio de 1842, págs. 823–824; José Smith era el editor del periódico.
9. *History of the Church*, 5:218; de las instrucciones que José Smith dio el 2 de enero de 1843, en Springfield, Illinois; informe de Willard Richards.
10. *History of the Church*, 1:322; las fechas entre corchetes están en el original; de “History of the Church” (manuscrito) Libro A-1, pág. 270, Archivos de la Iglesia.
11. Citado por Edward Stevenson, *Reminiscences of Joseph, the Prophet, and the Coming Forth of the Book of Mormon* (1893), pág. 4.
12. *History of the Church*, 5:26–31; las palabras entre corchetes del segundo párrafo se encuentran en el original; puntuación y gramática actualizadas; alteración en la división de párrafos; de “Gift of the Holy Ghost”, un editorial publicado en *Times and Seasons*, 15 de junio de 1842, págs. 823–825; José Smith era el editor del periódico.